

Mendizábal, y viéndose desobedecido y sin fuerzas, el Director Pueyrredón renunció á mantenerse por más tiempo en el poder.

La nación cayó en un caos, del que no había de surgir hasta muchos años después, puesta á prueba por toda clase de errores y opresiones, y adoptando en su solidificación una forma definitiva.

VI

EL CAOS, LA EDAD MEDIA Y EL RENACIMIENTO

En la República Argentina existían, á la vez, dos civilizaciones: una naciente, ingenua y bárbara, que tenía por escenario los campos; otra adelantada, progresiva y con los ojos puestos en Europa, que era la de las ciudades.

Entre el argentino de las urbes y el de las llanuras había la misma diferencia que se nota hoy en ciertos países retardatarios entre el hombre civilizado que comercia en las factorías de la costa y el indígena que vive en el interior.

Como dice Sarmiento en su libro *Civilización y Barbarie*, el siglo XIX y el siglo XII vivían al mismo tiempo en la Argentina; el primero dentro de las ciudades y el segundo en los campos.

La lucha entre unitarios y federales no tuvo otro fundamento. Fué un choque de dos clases sociales, un conflicto de dos educaciones diversas, más que un combate de anhelos políticos. Rosas, supremo representante del federalismo, era un tirano que todo lo unificó bajo su despótica autoridad. Los llamados unitarios, cuando triunfaron á la caída de Rosas, establecieron el régimen federal, como algo insustituible, impuesto por la historia y la configuración del país.

La civilización y la barbarie, la ciudad y el campo, mantuvieron este conflicto durante muchos años, retardando la constitución definitiva de la República. El unitarismo y el federalismo no fueron más que un pretexto político, que ocultaba una profunda división social.

A partir de 1820, estas dos fuerzas antagónicas chocaron y se revolieron, esparciendo por toda la Argentina la confusión del caos, el desorden y el desaliento de una situación anárquica.

El Gobierno establecido en Buenos Aires no ejercía su autoridad más allá de los territorios inmediatos. El puerto con su tráfico comercial, y las rentas de la Aduana, eran los únicos medios de influencia y sostén que tenían á su alcance los ministros. En las provincias del litoral vivían como barones feudales los caudillos ya mencionados. En el interior levantábanse otros príncipes de la bar-



APARTADO DE RESES EN UNA ESTANCIA

barie, que se abrían paso y daban fama á su nombre alanceando á los compatriotas y saqueando los pueblos. En la provincia de Córdoba gobernaba Bustos; en Catamarca y la Rioja, el famoso Facundo Quiroga, al que llamaban el «Tigre de los llanos»; en Mendoza comenzaba á adquirir celebridad el fraile Aldao, valeroso jinete y ebrio consecuente.

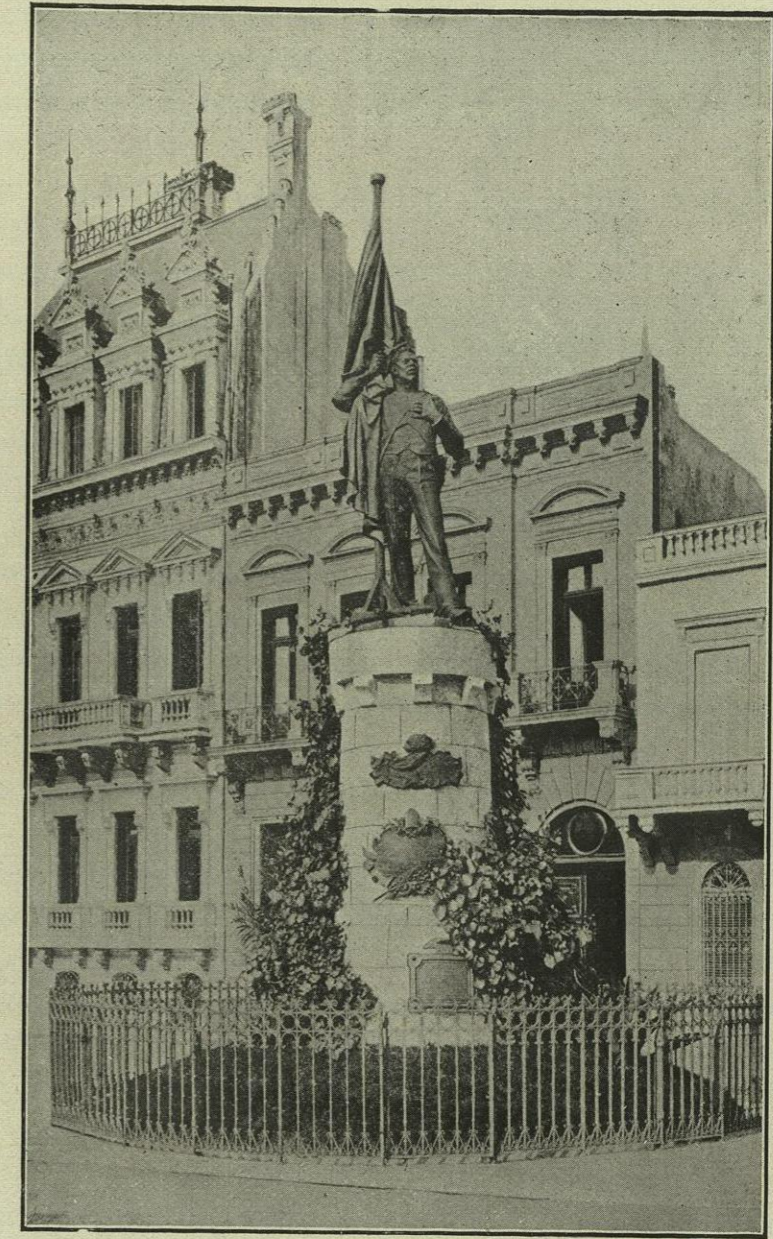
Encargado del mando el general Don Martín Rodríguez, hizo de 1821 á 1824 todo cuanto pudo por reorganizar el país, remediando esta anarquía. En la noble empresa le ayudaron su ministro de Gobierno, Don Bernardino Rivadavia, y el de Hacienda Don Manuel José García. Mientras los caudillos provinciales realizaban sus atropellos en el campo, los gobernantes de la capital fundaban la Universidad, la Academia de Medicina y el Crédito Público; creaban archivos, bibliotecas y registros; iniciaban las faenas estadísticas y reglamentaban la enseñanza. Al mismo tiempo iban llegando noticias de las victorias alcanzadas por San Martín y el ejército libertador

en el Perú, coronando su campaña con la toma de Lima, asiento del poderoso virreinato.

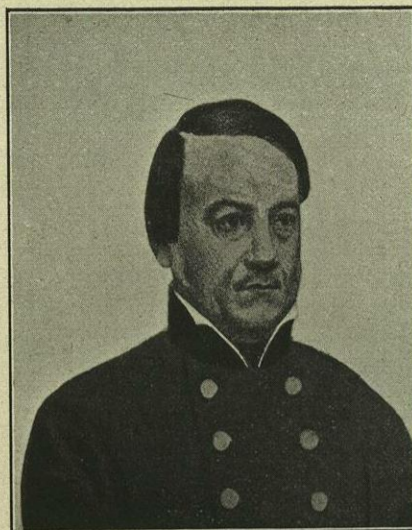
En 1824 sucedía á Rodríguez el general Don Juan Gregorio de las Heras, que sólo permaneció un año escaso al frente del Gobierno. El 7 de Febrero de 1825 le reemplazó Don Bernardino Rivadavia, usando por primera vez el título de Presidente de la República, ó sea de las Provincias Unidas del Río de la Plata.

Rivadavia, que había sido el autor de todas las reformas é innovaciones en tiempo de Rodríguez, no descansó en su afán legislativo al ocupar la autoridad suprema. Asombra la magnitud de la obra política de Rivadavia. ¡Lástima que el resto del país no le siguiera, ni aceptase sus medidas progresivas! . . . Legislabo sin descanso acerca de todas las materias de gobierno: hubo día que publicó más de veinte decretos sobre enseñanza, beneficencia, comercio, etc. La Constitución unitaria, aprobada en el Congreso en 1824, fué el código político más adelantado de cuantos se dieron en aquellos tiempos; pero las provincias lo rechazaron, y los caudillos hicieron cruda guerra al Presidente, dificultando sus iniciativas.

En lo exterior, este Gobierno tan combatido alcanzaba ruidosos triunfos. El ejército de la nación marchó contra los brasileños para desalojarlos de la Banda Oriental, al mando del



BUENOS AIRES. ESTATUA DEL NEGRO «FALUCHO»



GENERAL PAZ

general Alvear. Las tropas del Brasil las dirigía el mariscal Barbacena. La victoria acompañó constantemente á los argentinos. Los generales Rivera, Lavalle y Mansilla vencieron al enemigo en Sarandí, Rincón de las Gallinas, Bacacay, Yermal y Ombú, y la campaña terminó definitivamente con la gran batalla de Ituzaingó, ganada por Alvear, no obstante ser sus fuerzas muy inferiores en número á las brasileñas. Al mismo tiempo, la escuadra argentina, bajo la dirección del experto Brown, derrotó á los buques imperiales en Los Pozos, El Juncal, Quilmes y Carmen de Patagones.

A pesar del triunfo, la Banda Oriental no pudo anexionarse á la República Argentina, como lo estaba en tiempos del virreinato. Rivadavia, cansado de la anarquía de las provincias y sus luchas intestinas, había dimitido la presidencia, retirándose á la vida privada. La falta de cohesión no per-

mitió á los argentinos continuar esta guerra victoriosa contra el nuevo imperio del Brasil, gobernado por Don Pedro I. Intervino la Gran Bretaña como mediadora, y los diversos gobiernos de las Provincias Unidas del Río de la Plata ajustaron un tratado de paz con el Brasil en 27 de Agosto de 1828, á condición de que se reconociera para siempre la independencia y soberanía de la nueva República del Uruguay.

La anarquía platense fué causa de la segregación de importantes porciones del territorio nacional que vivían unidas á él cuando se inició la Independencia. En 1825 alejándose las provincias del Alto Perú que hoy forman parte de la república de Bolivia. En 1828 se constituyó en Estado independiente la Banda Oriental. Años después, en 1838, la misma anarquía había de favorecer una nueva pérdida de territorio: la ocupación de las islas Malvinas por los ingleses, ocupación que no pudo fundarse en otro derecho que el de la fuerza, y contra la cual elevará siempre el pueblo argentino una justa protesta.

Al desaparecer Rivadavia, borrándose todo vestigio de autoridad central, quedó al frente del Gobierno de Buenos Aires el coronel Dorrego, que se había distinguido mucho en la guerra contra el Brasil. Otros héroes de esta guerra, los generales Lavalle y Paz, desconocieron la autoridad de Dorrego y se sublevaron contra él, desposeyéndolo del mando, en 1828. Dorrego se unió entonces en el campo con los caudillos federales, marchando contra los unitarios de Buenos Aires; pero hecho prisionero por Lavalle, murió fusilado. Esta ejecución dió pretexto á los caudillos de provincias para atacar á Lavalle. Entonces apareció en la escena política el famoso Don Juan Manuel Rosas, aprovechando la oportunidad para hacerse jefe de los federales.

En Diciembre de 1829 la Asamblea provincial de Buenos Aires nombra á Rosas gobernador. Al término de su período finge no desear la reelección y dimite, farsa política que repitió luego varias veces. Le suceden el general Balcarce y Viamonte por corto tiempo. Luego acepta Rosas la dictadura y empieza la persecución de *los salvajes unitarios*, en la cual persistió durante todo el período de su mando, ó sea de 1829 á 1852. ¡Una dictadura de veintitrés años! . . .

* * *

Hay que hablar rápidamente del período de Rosas, á pesar de su larga duración. Fué una noche de pesadilla en la Historia; un mal ensueño de lágrimas y sangre para los argentinos del siglo XIX, *salvajes unitarios* que pretendían reformar su país en el molde de la civilización

europea. Estos hombres, eternos perseguidos, jóvenes poetas, graves profesores, militares ilustrados, que representaban el pensamiento de la nación (pues sólo excepcionalmente figuraba la intelectualidad en el bando opuesto), tuvieron que huir de la patria para salvar la vida y seguir trabajando en pro de sus ideales.

Sin embargo, se comete una injusticia al llamar tirano á Rosas. El tirano se mantiene por la fuerza, se impone á la antipatía pública por el miedo; y Rosas fué amado de las muchedumbres, que veían en él á un semidios. Admirábanlo los gauchos, porque cuando quería era tan rudo como ellos, y vivía lo mismo que ellos, no encontrando potro salvaje que se le resistiera; las mujeres enardecíanse con histéricos arrebatos ante su hermosura apolónica; el populacho de las ciudades lo adoraba al ver que perseguía á los ricos, á los señores de levita, y dejaba que negros y mestizos los robasen y degollasen.

Rosas hizo algunas cosas buenas. En veintitrés años de gobierno es imposible no hacerlas. Por deliberado que sea el propósito de vivir en perpetuo maridaje con el mal, las circunstancias y la facilidad de los medios de acción impulsan, muchas veces, instintivamente hacia el bien. Además, Rosas fué un fervoroso patriota, sólo que su patriotismo manifestábase semejante al del doctor Francia y otros tiranos americanos. Consistía en aislar al país de la influencia europea, en exaltar cual virtudes nacionales las bárbaras costumbres del campo, apoyándose en los elementos más primitivos y rudos de la población.

La Argentina tuvo su Edad Media, que duró treinta años. Felizmente, pudo salir de ella á tiempo. Otros pueblos hispano-americanos, todavía en los momentos presentes, no han emergido de este período de formación, tan abundante en violencias.

Le ocurrió á la nación argentina lo que á ciertos individuos, que no conocen en su infancia las enfermedades propias de la edad, y luego, de adultos, las sufren más breves y fulminantes. La Argentina no vivió la Edad Media histórica, con sus choques de razas y sus guerras religiosas. Cuando el conquistador español echó en la tierra sudamericana los cimientos de



BUENOS AIRES. UNA CASA DEL TIEMPO DE ROSAS EN LA PLAZA DE MAYO



LA ARGENTINA DE AYER. UNA DILIGENCIA VADEANDO UN RÍO
(Grabado de 1850).

de Buenos Aires y representante de las provincias en los asuntos exteriores, es á modo de un Emperador del Sacro Romano Imperio. Los gobernadores de tierra adentro, los caudillos y comandantes de campaña, son los Grandes Electores, los barones feudales, los bravos mesnaderos que sostienen al Soberano, para que éste, á su vez, los mantenga á todos ellos en paz, con un reparto equitativo de honores y bienes.

La espada de la Independencia y de la guerra con el Brasil, la de los militares de Chacabuco é Ituizango, está en el destierro. Ahora el arma nacional es la lanza, tan amada por los jinetes medioevales.

El caudillo de los llanos, envuelto en el poncho, melenudo, barbudo y de ojos fieros, entra en la ciudad de comerciantes y vecinos cultos, como entraba el señor feudal, que no sabía escribir, en las villas universitarias y los barrios de laboriosos menestrales. El rancho pajizo, con el caballo amarrado á la puerta y la lanza apoyada en la silla, reina sobre la ciudad, lo mismo que el antiguo castillo roquero coronado de espirales de cuervos y buitres imperaba en la Europa de otros siglos sobre la población laboriosa, establecida á sus pies.

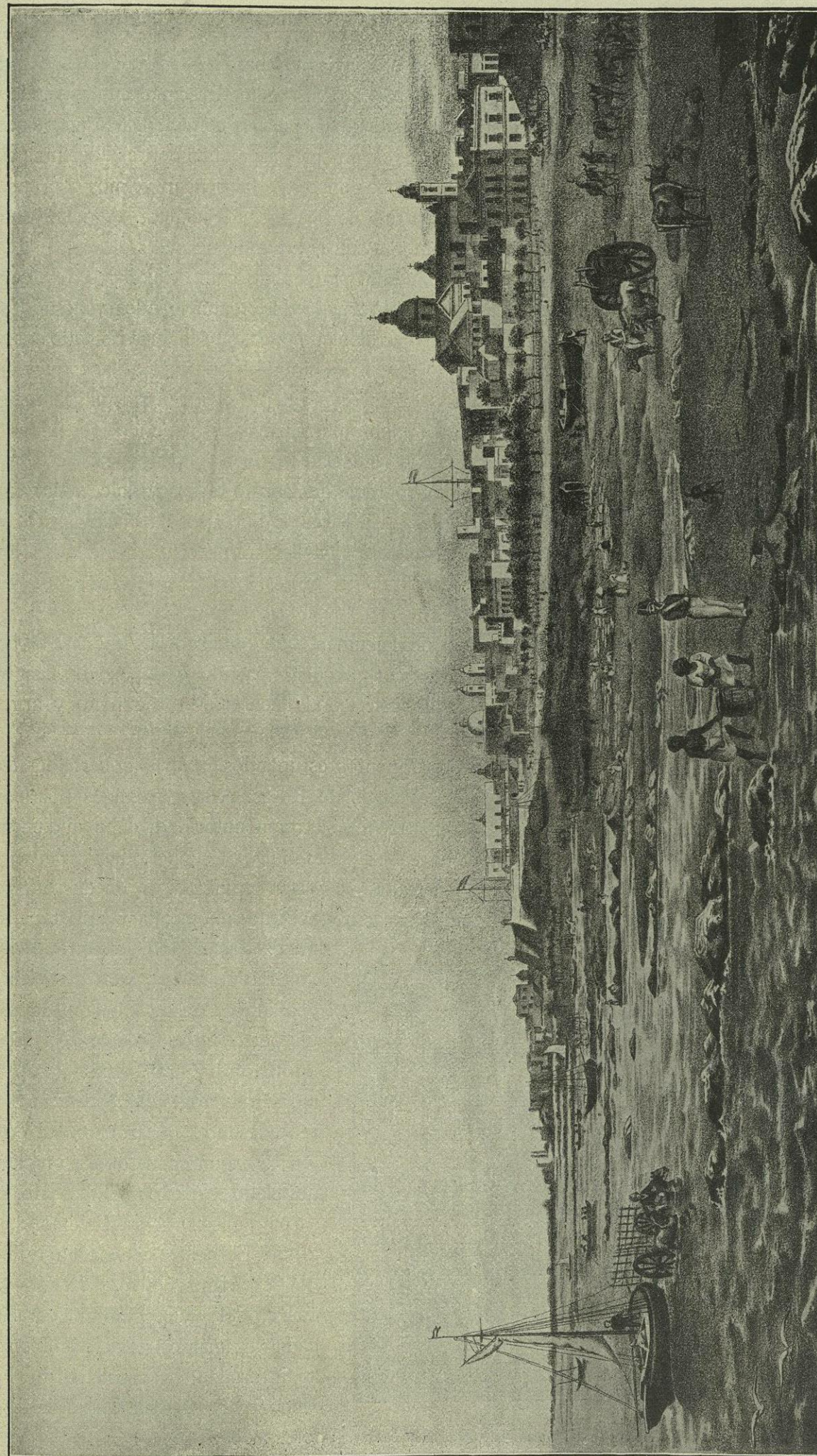
En esta sociedad primitiva va el gaucho cantor de rancho en pulpería, relatando al son de su guitarra, lo mismo que un trovero medioeval, las hazañas de los gobernantes lanceadores, la muerte del heroico Facundo, ó las bárbaras proezas del fraile Aldao. Cuando quiere loar las glorias de Don Juan Manuel Rosas, padre de la «Santa Federación y Restaurador de las Leyes», el bardo pampero compone en su honor una *milonga* ó una *vidalita*. Guerreros que pelearon en ciento cuarenta combates, como el bonachón y heroico general La Madrid, componen *vidalitas* ó *malambos*, lo mismo que un caudillo del siglo XIII componía villancicos ó entretenía con el laúd y los serventesios los ocios de la tienda. Cuando el tirano Rosas duda del federalismo de este niño grande y heroico, el veterano glorioso, según confiesa en sus *Memorias*, envía á Rosas por la posta una «canción de vidalita», escrita en honor suyo, con un estribillo que dice así:

Perros unitarios, nada han respetado;
A inmundos franceses ellos se han aliado.

Más adelante, Rosas agradece estos malos versos del bravo y tornadizo general fusilando á sus hijos y hermanos.

varias naciones, la Península, que le servía de modelo, había arrosado ya todas las crisis de la adolescencia, alcanzando una unidad política y religiosa y una jerarquía social incommovibles.

Al quedar independiente la Argentina, en el pleno goce de su mayoría de edad, tuvo que pasar por las enfermedades que se había ahorrado en la niñez. Su Edad Media fué el tiempo de Don Juan Manuel, época que reproduce con fidelidad asombrosa la vida de la Europa medioeval. Este reflejo histórico podía dar tema á un libro extenso. Rosas, Dictador vitalicio



BUENOS AIRES EN 1830 (De una litografía de la época).

El aspecto de los ejércitos que levantaban en provincias los barones feudales de la Santa Federación, recordaba á las hordas de los tiempos bárbaros. Eran jinetes semidesnudos, cubiertas las carnes con sólo el poncho y el chiripá. Defendían sus piernas con el pellejo arrancado de una pieza á las patas de los caballos, y los dedos de sus pies asomaban por las aberturas de estas «botas de potro». Una lanza era su arma. Muchos jinetes se fabricaban yelmos con calaveras de burro, conservando las orejas tiesas para que sirviesen de cimera. Algunos eran dueños de un cuero de jaguar, y cubrían sus hombros con el atigrado pelaje.

Los indios bravos puestos al servicio del caudillo, marchaban como auxiliares á la cola del ejército, con sus hembras y rebaños. Estos jinetes bronceados, pintarrajeados y desnudos, entraban escoltando al gobernador en los mismos pueblos que poco antes habían atacado como bandoleros en sus temibles malones. Un rugido sordo de caracolas sustituía á los toques de corneta. Se comprende que se aterraran los pueblos, con un pavor milenar, al ver estas hordas de gesto feroz y salvaje presencia, que parecían anunciar el fin del mundo.

Los procedimientos judiciales y los suplicios pertenecían también á otra época. Se degollaba á los enemigos vencidos; pero la degollación parecía demasiado rápida y dulce á los entusiastas partidarios del «Restaurador de las leyes». Entonces se hizo uso del cuchillo viejo y con mellas para prolongar el tormento y la agonía. Los cuellos eran seccionados como si los partiesen con un serrucho mohoso. Se escogían verdugos torpes, para que con sus indecisiones hicieran más largo el suplicio de la víctima.

Don Marco Avellaneda, el joven tribuno de Tucumán, que organizó la *Liga del Norte* contra Rosas, al ser degollado en Metán irguióse con el cuello partido y expeliendo sangre á borbotones. — «Acabe usted de una vez», dijo colérico al ejecutor de torpe mano y arma mellada.

Algunos caudillos de provincia inventaron tormentos estupendos. Ibarra, gobernador de Santiago del Estero, era el más bárbaro de los amigos de Rosas. A sus enemigos políticos los «salvajes unitarios», que vestían levita, mientras él, suprema autoridad, daba audiencia con chiripá, bota de potro y *huuncha* roja en la cabeza, sometía al suplicio del *retobamiento*. Los doblaba vivos, cabeza con pies, los encerraba y cosía en el interior de un cuero fresco, exponiendo el paquete al sol, y el cuero, al secarse y contraerse, oprimía y aplastaba al

infeliz sentenciado. El horrible envoltorio de pellejo y carne deshecha atábanlo luego á la cola de un potro salvaje, dejando á éste en libertad. Otras veces el suplicio se llamaba *enchalecamiento*. El reo, desnudo de tronco, era envuelto en un cuero de toro recién desollado y fuertemente cosido, y así permanecía varios días expuesto al sol. El pellejo iba disminuyendo de volumen y oprimiendo el cuerpo del infeliz como una coraza cada vez más estrecha, hasta que al fin crujían los costillares de la víctima y perecía en medio de dolores atroces.



UNA CALLE DE BUENOS AIRES EN 1856 (De un grabado de la época).



EL ANTIGUO MUELLE DE BUENOS AIRES. PASAJEROS Y MERCANCÍAS DESEMBARCANDO EN CARRETAS (Grabado de 1860).

Una alegría bestial celebraba las más de las veces estos suplicios, así como los alanceamientos en masa que se verificaban en las campiñas.

— ¡Quién compra buenos duraznos! — gritaban una mañana en las calles de Buenos Aires los esbirros de Rosas, de la temida asociación de la *Mazorca*, custodiando una carreta.

Y al asomarse las vecinas atraídas por el pregón, veían en el fondo del vehículo cabezas ensangrentadas, indudablemente de «salvajes unitarios».

Hubo suplicios de mujeres, azotainas públicas y hasta quemas; lo mismo que en las ciudades medioevales, cuando los solemnes inquisidores ponían desnudas á las hechiceras buscando en su cuerpo, con agudos alfileres, el redondel de insensibilidad que había dejado el beso del diablo, para enviarlas luego al brasero.

El uso del blanco y el azul apreciábase como un insulto á Don Juan Manuel. El rojo sangre era el color amado de la «Santa Federación» y su popular restaurador. Los «mazorqueros», apostados á las puertas de las iglesias, ultrajaban á las señoras que se permitían en sus tocados algún adorno celeste, llegando en su barbarie á los atentados más odiosos. Las que no llevaban el distintivo federal, que era un moño rojo, recibían en la frente otro azul, pero empapado en brea hirviente. A cierta dama, esposa de un compañero de Lavalle, la acometieron los «mazorqueros» en el atrio de la iglesia de la Piedad, colocándola en torno del pecho un rosario de cohetes, al que prendieron fuego. La pobre señora murió á las pocas horas á consecuencia del terror y las quemaduras.

¡Y el populacho se divertía con estos atentados, adorando cada vez con mayor fanatismo al gobernante que los aconsejaba y toleraba! Era el entusiasmo de las muchedumbres villanescas de la Edad Media por el buen déspota, amado y temido, que degollaba á los nobles